

Discurso que pronunció don Héctor Marchant, en nombre del Instituto de Ingenieros, en los funerales del señor Carlos Aguirre Luco

EL Instituto de Ingenieros de Chile no puede menos que ocupar el primer puesto en este desfile doloroso en que hemos venido a entregar al polvo de la tierra la envoltura mortal de don Carlos Aguirre. Y si me ha escogido a mí para que lo presente es, por cierto, porque me cupo trabajar mucho a su lado y porque mis colegas saben con cuanto orgullo de ser su colaborador desempeñé las funciones que me atribuyeron en distintas empresas que él presidía. Esta es la ejecutoria que me otorga el derecho de venir aquí, derecho que si lo habría cedido con pena en el corazón a algún otro, por ser más digno de representar a los ingenieros de Chile, no lo habría cedido a ninguno por reconocerlo capaz de haber sentido más cariño y más admiración por el hombre que acabamos de perder.

Digo cariño y admiración, porque no era posible dejar de sentirse atraído por él desde que se le conocía; atraído por las bellas cualidades de su carácter y de su inteligencia, por su simpatía irresistible y por su indiscutible talento. Nadie que haya estado cerca de él pudo substraerse

al encanto de su bella persona ni separarse de su lado sin admirarlo cordialmente. Su singular modestia lo hacía más atrayente todavía. Y sin embargo, ¡qué organización intelectual la suya más transparente y más provechosa! ¡Cómo supo don Carlos Aguirre hacer de la preparación del ingeniero un instrumento poderoso para la aplicación de aquellos principios en la vida industrial de su país y para llevar al campo del trabajo sus conocimientos y su práctica de la vida!

Yo creo que éste es el rasgo más sobresaliente de la personalidad de nuestro colega y por él está destinado su nombre a ocupar un sitio de preferencia entre los grandes capitanes de la industria de Chile en lo que lleva corrido nuestro siglo. Como profesional trabajó en la Dirección de Obras Públicas y en la Comisión de Límites con la República Argentina en los días de su juventud; así pagó a la patria su tributo de buen ciudadano, poniendo en aquella obra toda su conciencia y todo su entusiasmo. Más tarde lo hallamos al frente de la gran industria que comenzaba a dar sus primeros pasos

a favor de circunstancias excepcionales, y su actividad incansable se repartió desde entonces entre las fábricas textiles, las cristalerías, la manufactura de papeles y cartones, la vitivinicultura, etc., sin dejar de tomar parte al mismo tiempo en la dirección de la alta Banca, desde los directorios del Banco Central y del Banco de Chile, porque él sabía que el trabajo y el crédito tienen en nuestro país que darse la mano. Con razón alguien dijo una vez que en Chile nadie que quisiera trabajar en grande podía hacerlo sin entenderse con don Carlos Aguirre. Con ello quería decir que él había llegado a ser el buen mentor de todo negocio, consejero irremplazable, ayuda obligada de toda iniciativa digna de apoyo, el hombre, en fin, que reunía las cualidades del corazón y las cualidades de la inteligencia en equilibrio perfecto y admirable, en beneficio de su país y de cuantos se acercaban a él. Nadie que alguna vez tuvo que ver con don Carlos Aguirre se separó de él sin quedar convertido para siempre, en adelante, en su admirador y su amigo.

¿Y qué mucho, señores, que así fuera si pensamos que él fué fruto selecto de un hogar modelo, donde un padre ilustre plasmó con sus ejemplos y su enseñanza

el espíritu de los suyos; que él a su vez, recogió la tradición honrosa para cultivarla en el hogar que formara, y que, como en la carrera de los atletas de la Grecia clásica, hiciera día a día por entregar a sus descendientes, encendida la antorcha que recibiera de manos de sus antecesores?

El Instituto de Ingenieros ve con doble pena la partida eterna de don Carlos Aguirre. El tiene instituída una distinción singular para aquél de los suyos sobre cuyos méritos no quepa discrepancia alguna de juicio; la medalla de oro para el ingeniero indiscutido, y que ha otorgado ya a Barriga, a Bertrand y a Guzmán. Ninguno después de estos maestros de nuestra profesión más digno que don Carlos Aguirre de recibirla, y así se le comunicó, pero sin que tuviéramos el consuelo de poder entregársela, porque ya el dolor físico había conseguido doblegar el fuerte espíritu de nuestro colega. Nuestra medalla de oro ha venido, pues, a depositarse sobre el ataúd que encierra sus despojos, como la Cruz de Honor Militar adorna el pecho del héroe después de muerto.

Que Dios tenga en su guarda el espíritu de este hombre nobilísimo que pasó por la tierra haciendo el bien.